



Señorita de Arconada

IGNACIO ZULOAGA, O CINCUENTA AÑOS DE PIE

Por JUAN ANTONIO DE ZUNZUNECUI

El Estudio está en las Ventillas, frente a la plaza de Gabriel Miró, y un ventanual corrido se abre sobre el paisaje del Wiaducto y la Sierra.

Don Ignacio, metido en una bata gris, cubierto con una boina de *chapelainnada*, sale a recibirnos. Así, grande, corpulento, tiene el aire de un patrón de vaporcito de vuelta de la costera. Sólo cuando habla la voz le traiciona. No es voz de marino. Es suave, a veces débil y a veces opaca. Como de torero antes de la corrida; y es que si de Goya no hay seguridad de que tonara, de Zuloaga sí. Algún día le ha atribuido la frase de: «que hubiera dado todos sus cuadros por una buena faena». Y ha pintado más de seiscientos y ha hecho muy buenas faenas; esto

dicen los técnicos. Así, plantado en medio del Estudio, nos mira y se sonríe; luego levanta la boina y se rasea, campechante.

—Pues aquí estoy, como siempre, trabajando... Siéntense, siéntense ahí; ahora les enseñaré lo que he pintado últimamente.

Va, y trae hasta el caballete los lienzos que hay vueltos contra un rincón. Aquí está *el Chepa*, con su traje de huesos, empajado hacia delante por un fondo sobrio. Tiene gran nobleza y dulzura su rostro. El lápiz no se ha ensañado sarcástico con él, como en otros retratos de su segunda época. La misma paleta ha ganado en extensión y en finura; los tonos rojos, oscuros, verde, amarillo, púrpuras, azules, han dado paso a unos ver-